Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Herausgeber: Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)

Band: 35 (1999)

Artikel: Los tres niveles intradiegéticos del recuerdo en "Los compañeros" de Jiménez Lozano

Autor: Higuero, Francisco Javier

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-266054

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 15.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

LOS TRES NIVELES INTRADIEGÉTICOS DEL RECUERDO EN *LOS COMPAÑEROS* DE JIMÉNEZ LOZANO

El conjunto de la producción literaria de José Jiménez Lozano se caracteriza por una coherencia temática y discursiva focalizada en una defensa contundente, directa e inequívoca de seres humillados, ofendidos y aplastados por la fuerza ineludible de un presunto progreso moderno, al que desafían mediante las expresiones y contenido de una memoria lacerante, poseída por ellos en unos casos, o suscitada en otros personajes, con los que, de alguna manera, entran en contacto. La relación intrínseca de tales seres sufrientes con la memoria los convierte en anamnéticos. De una lectura atenta de la novela *Los compañeros* de Jiménez Lozano se desprende que a este grupo de personajes pertenecen principalmente Pineda y Luis Presa, antiguos condiscípulos universitarios, maltratados cruelmente por la vida, o Margarita Suárez, dedicada desinteresadamente a atender a niños subnormales, precisados de su ayuda altruista.

Lo relatado en el texto literario aquí considerado responde a la trama argumental consistente en los preparativos de una reunión a la que se invita a los componentes de la promoción de 1956 de la facultad de Derecho situada en una ciudad provincial. Tal acto iba a tener lugar a una distancia cronológica de cuarenta años del final de carrera. La iniciativa de la idea programada a este efecto partió de tres amigos que habían sido capaces de mantenerse en contacto a lo largo de tanto tiempo transcurrido. Dichos personajes son conocidos como Cris, Valdés y Urrutia. Al primero se le encarga comunicar al resto de los compañeros la conveniencia de llevar a cabo esa reunión, que podía suponer el reanudamiento de un recuerdo común reforzador de los lazos previamente establecidos entre ellos durante los años de carrera. Ahora bien, los esfuerzos puestos con el fin de localizar a

todos y proponer luego la idea de la reunión, tal y como los realiza Cris, sirven de motivo diegético para que salga a relucir, en la estructura superficial de la trayectoria narrativa seguida en *Los compañeros*, el contenido lacerante de una memoria desafiadora y subversiva, basada en sufrimientos padecidos e injusticias perpetradas, pero no reparadas satisfactoriamente. Tales recuerdos han permanecido en activo año tras año en las existencias de los personajes anamnéticos que los han sufrido. Con ocasión de los intentos realizados para reunir a los componentes de la clase de 1956, lo acontecido tal vez hace tiempo cobra un nivel de conciencia marcadamente explícito, aunque también conviene reconocer que así se exterioriza en la superficie textual, en donde se produce la narración a que aquí se alude[1]. El primero en ser afectado de forma explícita por el ámbito de lo que se creía olvidado, sin de hecho estarlo, es el propio Cris, a quien, de algún modo, se le hace partícipe de la presencia inquietadora de traumas existenciales no curados. Posteriormente serán los demás personajes involucrados los que también participarán de lo recordado con diversos matices de agudeza y penetración.

Teniendo en cuenta la complicación de la trama argumental de *Los compañeros*, puede categorizarse la operatividad textual de la mencionada memoria lacerante en tres planos intradiegéticos claramente diferenciados, correspondientes al transcurso del tiempo en el que acontecieron las experiencias de dolor y humillación. En las páginas que siguen se estudiarán estos tres niveles de la memoria, contextualizados en los siguientes períodos cronológicos: 1º. – Los años de estudio, cuando los compañeros cursaban la carrera de Derecho. 2º. – La larga época transcurrida desde el final de carrera

---

[1] Las transformaciones narratológicas que sufre la estructura profunda de un relato, antes de llegar a la superficie textual, han sido tratadas en términos teóricos por Teun A. van Dijk en *Text and Context: Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse* y "Story Comprehension: An Introduction". En el caso de *Los compañeros*, tales cambios estructurales se llevan a cabo al expresar cada uno de los miembros de la clase de 1956 su postura respecto a la reunión a la que se le quiere invitar.

hasta que surge la idea provocadora de la reunión. 3°. – Los meses de preparativos llevados a cabo para que, por fin, el acto programado pudiera hacerse realidad. Tales planos intradiegéticos, repletos de recuerdos deconstructores de cómplices enmascaramientos, no se suceden linealmente, sino que se encuentran entrelazados. A todo esto se precisa agregar que si el último nivel de la memoria aludida aparece relatado predominantemente por un narrador heterodiegético, en el primero y segundo plano los acontecimientos aludidos provienen con frecuencia del testimonio de personajes cuyo discurso textual se inmiscuye en el de aquel narrador, a través del estilo indirecto libre. Ahora bien, aunque el entrecruzamiento de dichos niveles pudiera causar la impresión de fomentar la discontinuidad de la trayectoria narrativa, la lógica de la historia relatada mantiene una línea conceptual coherente, orientada a la defensa explícita e inequívoca de personajes anamnéticos, cuyos méritos existenciales logran ser reconocidos y valorados, frente a la amenaza del discurso triunfalista de un progreso vacuo, que en último término se convierte en objeto de irrisión y está abocado, por el dinamismo de las acciones relatadas, hacia un final tristemente dramático, tal vez comparable a lo acontecido en los momentos en que culmina lo narrado en la novela *Las sandalias de plata* del mismo Jiménez Lozano.

Si se tratara de romper el orden temporal del discurso diegético de *Los compañeros*, para colocar lo relatado tal y como corresponde a la sucesión cronológica en que se desarrollan los acontecimientos de la historia, se observaría que a los recuerdos de sufrimientos padecidos y no curados habría que añadir la alusión dramática a un proceso de envejecimiento que afecta a la mayoría de los personajes, aunque éstos se enfrenten de diversa manera a tal situación que, para alguno, se convierte en tristemente dramática. Al considerar, por ejemplo, las reacciones contundentes de Santisteban, escritor que creía haber triunfado hasta en un ámbito internacional, cuando se insinúa la mera posibilidad de tener que enfrentarse al horizonte amenazador de la muerte, podría muy bien pensarse en lo expuesto por Henry Krystal en el esclarecedor artículo "Trauma and Aging: A Thirty-Year

Follow-Up"[2]. Sin embargo, son los personajes más claramente caracterizados como anamnéticos, los que menos se sienten afectados por ese transcurso del tiempo, aunque también sufran las consecuencias del mismo. Para decirlo de otro modo, el peso de dolor, humillaciones e injusticias que ha caído sobre estos seres no sólo los inmuniza frente a lo experimentado debido a la inevitable amenza de la muerte, sino que en el caso más pertubador se recurre al suicidio, como presunta solución buscada por quien parece que ya había perdido las ganas de vivir. A este respecto, no estaría de más comparar la muerte impuesta al personaje presuntamente histórico y triunfador de Santisteban, poseedor de deseos inmensos de existir a costa de los demás, con el suicidio de Luis Presa, el cual si llega a quitarse la vida, en gran parte, es para no convertirse en una carga insoportable para nadie, ni, por supuesto, para sí mismo. Conforme sucede en otros relatos de Jiménez Lozano, también este personaje anamnético se halla sumergido en una problemática radical de fe, a la que no encuentra salida alguna, aislándose, por otro lado, frente a un mundo y una existencia que ya parecen no interesarle.

Tal y como ya se ha advertido, los tres personajes anamnéticos hacia los cuales el discurso textual de *Los compañeros* muestra una gran simpatía, reconociendo al mismo tiempo el valor de lo que permanece en su memoria o de lo suscitado por tal recuerdo, son Pineda, Margarita Suárez y el propio Luis Presa. Las vidas del primero y último de estos personajes se podrían muy bien resumir en sendas historias de sufrimiento, en las que se evidencia el recuerdo del pasado siniestro y el reconocimiento de un presente opresor. Tales seres pertenecen al ámbito de la subalteridad anamnética, ya que no

---

[2] Aunque Krystal se refiere a la experiencia del envejecimiento personal en seres afectados por la memoria del Holocausto, lo por él desarrollado posee una base psicológica que podría, en efecto, aplicarse a cualquier estudio de personajes aquejados traumáticamente por un transcurso temporal no aceptado y considerado como amenaza mortal para la fama y el prestigio buscados. Esto último es lo que le sucede a Santisteban en *Los compañeros*, a quien la mera insinuación de envejecimiento contribuye a una depresión de consecuencias catastróficas.

sólo recuerdan o son recordados lacerantemente, sino que además dicha memoria es consustancial a su condición de estar por debajo de las exigencias de una modernidad triunfante y de aquellos que con ella se identifican, convirtiéndose en sus portavoces más ostentosos[3]. En consonancia con lo que es propio de dicha subalteridad, la trayectoria narrativa de *Los compañeros* evoluciona y llega a desarrollarse de tal forma que son los seres anamnéticos, no tenidos en cuenta por el presunto progreso moderno, los que se muestran capaces de expresar el contenido de sus recuerdos, los cuales logran encontrar un cierto reconocimiento desinteresado y compasivo. En esta novela, de hecho, lo que inicialmente eran unos meros planes para una reunión de antiguos alumnos de Derecho se convierte también en la programación de un bien merecido homenaje hacia esos tres personajes anamnéticos, cuyas vidas constituyen una protesta contra las injusticias de que han sido objeto. Los relatos focalizados en torno a existencias humilladas, ofendidas y aplastadas, que atraviesan la narración de *Los compañeros*, no se convierten en un simple refugio, en contraste con las grandes victorias triunfalistas ostentadas por Santisteban y algunos otros personajes que se desenvuelven en su círculo de fama vacía y contraproducente. Ante los logros que cree haber conseguido ese escritor, los pequeños y humildes relatos de los seres anamnéticos mantienen una postura existencial deconstructora de éxitos perpetrados sobre los hombros y espaldas de otros. A este respecto, no está de más referirse a lo explicitado por el propio Jiménez Lozano en "La reconstrucción del recuerdo", en donde se lee que, a la hora de escoger entre dos relatos, el más inaudible es el más verdadero, y de dos memorias, la que conserva las huellas de la sangre o de una alegría muy pequeña es la

---

[3] El concepto de subalteridad anamnética es fundamental para estar en condiciones de aproximarse críticamente a los escritos de Jiménez Lozano. Tal concepto connota el ámbito existencial en que viven los seres humillados y ofendidos por la praxis de la modernidad, de la que se defienden a través de una memoria desafiante y acusatoria de injusticias perpetradas, aunque no juzgadas.

más profunda[4]. En *Los compañeros*, Pineda tal vez no tenga mucho que decir, pero su vida posee, como denominador común con las de Luis Presa y Margarita Suárez, una actitud de entrega generosa y desinteresada hacia otros seres también sufrientes, sin esperar reconocimiento alguno. Si hay reminiscencias de crueldad en lo padecido por Pineda y Luis Presa, también se precisa agregar que Margarita Suárez sabe proyectar un espectro de alegría espontánea, aun dedicándose a atender a niños subnormales, proclamando así el fracaso de la modernidad y de sus correspondientes grandes relatos. En *Los compañeros* se deconstruyen los intentos por asentarse en ese tipo de narraciones de éxito y se evidencian las grietas, márgenes y vacíos del discurso de poder. Esto se consigue en dicha novela, sin apartarse en ningún momento de la realidad efectiva, ni recurrir a efectos ingeniosos o espectaculares, evidenciados en relatos que también se proponen subvertir el poder histórico, tales como *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez o *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos[5]. Lo desenmascarado perspicazmente por Jean-François Lyotard en *La condition postmoderne*, al referirse a la función legitimizadora del poder que desempeñan los grandes relatos, está ejemplificado, utilizando un discurso diegético, en la novela aquí

---

[4] Cuando Jiménez Lozano se refiere a un relato verdadero no se está internando en un territorio metafísico, de signo absolutista y contundente. El lexema verdad, tal y como es utilizado por este escritor, posee la misma connotación que la adquirida en el lenguaje ordinario y que se correspondería a ser reflejo de la realidad. A esto conviene añadir que existen varios estudios semánticos que señalan el hecho de que lo narrado, aun entendido como ficción, no implica necesariamente que no sea verdad. Pueden consultarse, como prueba de muestra de tal juicio crítico, lo expuesto por Gregory Currie en *The Nature of Fiction*, Michael Rifaterre en *Fictional Truth* y Tomás Albadalejo en "La semántica existencial en el análisis del texto narrativo", lo mismo que en *Semántica de la narración: la ficción realista.*

[5] Para un estudio introductorio de las estrategias textuales utilizadas con el fin de enfrentarse al discurso oficial de poder dictatorial en *El otoño del patriarca* y *Yo el Supremo*, las aportaciones críticas de Rosalía V. Cornejo-Parriego en *La escritura posmoderna del poder* constituyen una imprescindible fuente de consulta.

estudiada, lo mismo que en gran parte de los textos literarios de Jiménez Lozano[6].

El predominio de la presencia inquietante, de los mencionados personajes anamnéticos, en la trayectoria narrativa de *Los compañeros*, no es uniforme ni se produce tampoco con rasgos diegéticos equivalentes. Si se presta atención a los tres niveles intradiegéticos del funcionamiento textual de la memoria en esta novela, se podrá observar que en el primer plano, correspondiente a los años de estudios universitarios, los recuerdos de sufrimientos y humillaciones están focalizados, sobre todo, en la vida de Pineda. Al llegar al segundo plano, que se extiende desde el final de la carrera hasta el comienzo de los preparativos de la reunión, los relatos de dolor, generosidad y alegría se refieren, casi por igual, a esos tres personajes anamnéticos. En el tercer nivel aparece, tal vez, una preponderancia mayor de lo acontecido a Luis Presa y de la dedicación esperanzada de Margarita Suárez a una causa justa, en favor de otros seres ignorados y también rechazados por la praxis de la triunfante modernidad. En este último plano intradiegético, el silencio progresivo, en que cae el comportamiento de Pineda, es tan elocuente como el que agujerea lo relatado en la novela *La boda de Ángela* del mismo Jiménez Lozano[7]. Quizás sea dicho personaje el que menos transformaciones explícitas sufre a lo largo de su vida, una vez acabada la carrera. Por consiguiente, el discurso narrativo de *Los compañeros*, a partir de ese momento, y aun teniendo en cuenta a Pineda, sabe dejarlo expresar mediante su manifiesta laconicidad, a través de la que dice simplemente lo imprescindible. Conviene

---

[6] El mismo título de *Los grandes relatos*, correspondiente a una de las más conocidas recopilaciones de relatos breves de Jiménez Lozano, implica un desafío frontal a la concepción del mundo y sistema de valores que ha hecho posible el dominio opresor tal vez criticado por Lyotard.

[7] Se hace imprescindible recurrir al análisis crítico y al estudio del callarse y de los silencios que atraviesan el discurso textual de *La boda de Ángela*, para poder apreciar el desafío radical que el ámbito de la subalteridad anamnética lanza contra el comportamiento de los asentados en un triunfo injusto.

puntualizar, a este respecto, que tal personaje no impone silencio para así hacerse oír. Dicho silencio impediría hablar, pero sin llegar a facilitar el acto de escuchar. El callarse de Pineda no es simple mutismo, sino que se resuelve en el hablar indirecto y en la palabra distanciada, conforme se expresaba también Juan de la Cruz en el relato *El mudejarillo* de Jiménez Lozano. Lo que transmite ese personaje anamnético de *Los compañeros* está más allá de cualquier tipo de verborrea superflua y ocultadora. La vida de Pineda expresa lo que tiene que comunicar, sin apenas haber variado en los cuarenta años, desde el fin de carrera hasta que Cris establece contacto con él a raíz de la reunión programada:

> Cuando Cris le visitó, seguía viviendo en aquel mismo cuartucho del ático. Su hermana había muerto años atrás, y vivía solo. Pero era como si no hubiera envejecido un ápice desde el tiempo de estudiantes en que les parecía casi un viejo. No tenía una sola arruga. No tenía apenas canas, y la movilidad y flexibilidad de su cuerpo eran extremas, aunque al principio de encontrarse con alguien y de hablarle se quedaba parado y miraba despaciosamente, como tratando de reconocerle. Y eso es lo que le ocurrió con Cris.
>
> – Yo soy Cris, ¿no te acuerdas? Me llamabais "Salchicha", por lo delgado que era y sigo siendo[8].

Lo primero que se pone de relieve en este texto citado es la excepción que parece que el proceso de envejecimiento ha hecho en Pineda. Los demás compañeros reflejaban el mencionado transcurso cruel del tiempo en sus cuerpos y hasta en sus respectivos comportamientos. Sin embargo, este personaje se mantiene fiel a sí mismo y a lo que había sido su vida desde los años juveniles de estudiante. Por eso, el discurso textual de *Los compañeros* no precisa volver insistentemente sobre él, ya que su coherencia existencial no se encuentra sometida a los vaivenes de insignificantes anécdotas inestables. Sin embargo, se precisa advertir que Pineda, a pesar de su

---

[8] José Jiménez Lozano, *Los compañeros*, Barcelona, Seix Barral, 1997, pag. 22.

condición de anamnético, no está caracterizado, de forma alguna, como personaje plano, cuyas acciones podrían anticiparse estereotipadamente, una vez conocidos sus rasgos presuntamente definitorios. Si se presta atención a la terminología teórica, adelantada, y a la explicación de la misma utilizada por E. M. Forster en *Aspects of the Novel* y recogida por Mieke Bal en *Teoría de la narrativa*, Pineda no sería un personaje plano, sino redondo, ya que su comportamiento final es claramente impredecible, sobre todo teniendo en cuenta el aislamiento existencial al que ha sido segregado a lo largo de su vida, lo mismo que su insistencia en no participar en la reunión programada. Sin embargo, la riqueza textual de la trayectoria narrativa de *Los compañeros* es tal que el propio Pineda no sólo acude al acto conmemorativo de sus años de estudio, sino que también llega a aceptar agradecido que se le rinda un homenaje como muestra de desagravio del mal trato que la vida le había propiciado y además como reconocimiento de los valores existenciales de un ser anamnético entregado a la ayuda de otros personajes todavía más indigentes que él mismo. Cuando era estudiante, Pineda vivía cuidando a una hermana, sentada en una silla de ruedas, que debía estar paralítica, y una vez muerta, después de varios percances desagradables, estaba por fin colocado como contable en el centro que para cuidar a niños subnormales había fundado y regentaba Margarita Suárez.

A pesar del presunto aislamiento en que vivía Pineda en *Los compañeros*, este personaje, igual que los demás de la historia aquí relatada, es presentado no individualmente, sino como formando parte de transacciones relacionales establecidas con otros personajes. Ahora bien, esto no implica que carezca de individualidad propia y que sólo exista en función de acciones y sucesos en que se ve involucrado[9]. Es cierto que Pineda está caracterizado con rasgos claramente

---

[9] La eliminación del personaje individual, propuesta y practicada por ciertas corrientes de teoría literaria estructuralista y quizás postmoderna, no ofrece aplicación válida a textos narrativos de Jiménez Lozano, cuyo énfasis mimético es tal que no constituye dificultad ostensible el ver reflejado en ellos a seres reales de carne y hueso, cuyas señas de identidad pueden ser verificadas por lectores también reales.

diferenciados de los de otros compañeros y de diversos personajes comparsas que también pululan a lo largo de la trayectoria narrativa de la novela aquí estudiada. Sin embargo, su actuación no es simplemente individual, sino que se encuentra contextualizada en una pragmática del texto en la que están insertos otros personajes, a algunos de los cuales ayuda con generosidad, si son más indigentes que él. Existen ciertas ocasiones en que Pineda es despreciado por personajes incluidos en la categorización de triunfadores, plenamente integrados en el discurso de progreso de la modernidad. Tal es la actitud que manifiestan el abogado Loris o los gestores, compañeros que se mueven en la órbita de éxito y grandilocuencia del escritor Santisteban, interesado en pasar a la historia de las letras universales con una ambición ilimitada que requería un reconocimiento global y absolutizante[10]. De hecho, Loris alude a Pineda en tono despectivo y, ante una acusación injusta lanzada contra este personaje anamnético, lo considera culpable y hasta ladrón. Para los gestores, Pineda no existe, no acordándose lo más mínimo de él. La eficacia del progreso moderno, con la que se identifican, sin reservas, estos personajes amigos de Santisteban, ha perdido la memoria respecto a un ser, cuya simple existencia está denotando un desafío frontal a la dominación impuesta.

En *Los compañeros*, el segundo nivel intradiegético de la operatividad de la memoria lacerante está focalizado no sólo en Pineda, sino también en Luis Presa, personaje que sorprendió a muchos, al cursar la carrera eclesiástica y ordenarse sacerdote, después de haber acabado sus estudios de Derecho. La vida de Presa paulatinamente se

---

[10] El desprecio de personajes históricos hacia los anamnéticos, ejemplificado en *Los compañeros* por la postura adoptada por Santisteban y sus cómplices respecto a Pineda, posee reminiscencias intertextuales en lo narrado en *El mudejarillo*, en donde Juan de la Cruz se convierte en víctima de personalidades habladoras que ostentan una autoridad excluyente y humilladora. No obstante, en ninguna de estas dos novelas de Jiménez Lozano, el encuentro confrontacional entre estos dos tipos de personajes implica una estructuración diegética en función de oposiciones binarias, ya que no es difícil de detectar todo un espectro de ambigüedad textual, obstaculizador de cualquier clase de esquematismo simplificatorio y oportunista.

integra cada vez más en la subalteridad anamnética, drespreciada por el triunfo del progreso moderno. Los acontecimientos en que se vio involucrado ese clérigo durante su estancia en Argentina lo convierten plenamente en un ser torturado y ofendido, dejándolo tarado de forma irremediable para el resto de su vida, conforme se evidencia en el tercer nivel de la memoria lacerante de *Los compañeros*, cuando aparece un Presa derrotado y abatido, después de haber abandonado el sacerdocio y también el partido comunista, del que había sido miembro. En parte, como consecuencia del desequilibrio mental ocasionado por la tortura, Presa se suicidó no muchos días antes de la propuesta reunión con sus compañeros. La relevancia textual de este personaje en la novela aquí estudiada no es en modo alguno desdeñable, sobre todo si se tiene en cuenta su pertenencia a un colectivo de clérigos abatidos por circunstancias impuestas y que ya habían desfilado a lo largo de otros textos narrativos de Jiménez Lozano, tal y como se ejemplifica en algunos relatos breves recopilados en *El santo de mayo* y *Objetos perdidos*, o en las novelas *Duelo en la casa grande* y *Las sandalias de plata*[11]. La asociación teológica, de antecedentes unamunianos, entre el sacerdocio y la muerte se evidencia tanto en el contexto laboral que rodeaba a Presa en sus últimos años, dedicado a hacer de guía y cuya tarea consistía en mostrar, explicándolo, un fresco pictórico aparecido en una ermita, en donde se ocultaban cadáveres, sobre los que se guardaba silencio, como llegó a suceder también con el fatídico desenlace dramático del suicidio de dicho personaje[12].

Dentro de la trama argumental de *Los compañeros*, tal vez no fuera preciso encontrar significado alguno a la existencia de Luis Presa,

---

[11] La desolación que acompaña el final de la vida de Presa es comparable intertextualmente con la del Padre Yakunin del relato breve "El jubilado", o con la del Pastor Martesen de "El grano de maíz rojo" de *Objetos perdidos*. Este último personaje también acabó ahorcándose, conforme le aconteció al propio Presa.

[12] Ha sido Thomas Mermall, el que, en "José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso", ha advertido penetrantes y sugeridoras relaciones intertextuales entre los escritos de Unamuno y los de Jiménez Lozano.

dados los condicionamientos implacables de una modernidad que aplasta a los seres más débiles e intenta ocultar cualquier inquietud desafiadora. A este respecto, conviene tener presente que lo expuesto ensayísticamente por Jiménez Lozano en *Los ojos del icono*, al exteriorizar discursivamente la vaciedad de manifestaciones estéticas a las que se pretende desarraigar de su mensaje originario, está ejemplificado en la trayectoria narrativa de *Los compañeros*, cuando Presa elude intencionadamente cualquier referencia al contenido teológico de lo representado en el fresco de la ermita restaurada, después de haber estado mucho tiempo en ruinas. Tal pintura se mantenía en ese lugar para ocultar un osario, producto de enterramientos, que debían evitarse exponer a la luz pública. Presa repetía una y otra vez la afirmación de que cuando se consolidase bien la pared que sostenía a la pintura y esos enterramientos quedasen definitivamente escondidos, se llevaría el fresco a un museo, aunque de eso no hablaran los escasos vecinos del pueblo al que pertenecía la ermita. Nótese la carga abrumadora de silencio caída sobre una realidad altamente conflictiva, tal como era la constituida por lo implicado en los enterramientos, correspondientes a víctimas de un pasado no tan lejano que se desea ignorar. Algo parecido le sucede al propio Presa, quien con su conducta muestra una gran reluctancia a explicar cualquier indicio de significado de la pintura en cuestión, la cual también aludía a la muerte, como realidad no definitiva, en consonancia con la teología en ella expuesta. Obsérvese en el siguiente texto la forma distante y aséptica con que Presa enseña el fresco a los visitantes de la ermita:

> ... El hecho es que, cuando por fin abrió la ermitilla y se la presentó a los visitantes, ofreció una información muy sumaria y escueta:
>
> – La ermita data de mediados del siglo doce, con mucho, y el fresco es del siglo quince. Representa la resurrección de los muertos al toque de trompeta de los ángeles.
>
> Luego señaló hacia la parte superior de la pintura, a una especie de capilla de cementerio, y añadió:
>
> – Y ahí en el tímpano de esa puerta. está representada la Annunciación.

– ¿Y qué significa? -preguntó una señora.

– No significa nada. Unos especialistas de arte dicen una cosa, y otros otra; pero son pinturas de otro tiempo, y ya nos podemos entenderlas. No significan nada[13].

El alejamiento existencial que parece connotar el comportamiento de Presa respecto al contenido teológico subversivo y esperanzador del fresco de la ermita es consecuencia de la tortura a que fue sometido y que iba encaminada a eliminar cualquier huella de memoria desafiadora. Sin embargo, tales intentos resultan baldíos, ya que tanto la pintura como lo que funcionalmente oculta, lo mismo que la propia existencia de Presa, evidencian una memoria de dolor e injusticias cometidas, la cual se convierte en testigo acusatorio de lo perpetrado por la fuerza aplastante del progreso moderno, al que se critica y deconstruye repetidas veces en *Los compañeros*. Tanto la pared de la pintura como el muro que levanta Presa, antes de suicidarse, pretenden infructuosamente no dejar rastro alguno de esa memoria de humillación, clausurando cualquier intento de posible trascendencia textual y teológica. Sin embargo, en la novela aquí estudiada, y en conformidad con el tipo de escritura deconstruccionista con la que está elaborada, tal encerramiento no tiene éxito. Tal vez no estaría de más aludir a lo que Jonathan Culler pone de relieve en *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Deconstruction*, al referirse a la insuficiencia de cualquier texto clausurado, admitiendo la posibilidad de que en él aparezcan múltiples intentos de ruptura del aprisionamiento encuadrador impuesto. Esto es lo que acontece en *Los compañeros*, cuando se vislumbra lo que se encuentra detrás de una pared que no aisla totalmente en la ermita. Por otro lado, el tabique que había levantado Presa en su propia casa no resiste ser derribado, revelándose el final triste de una existencia convertida en carga insoportable. El clausuramiento de la muerte, en ambos casos, es eliminado y el discurso textual de la novela sigue favoreciendo el

---

[13] José Jiménez Lozano, *Los compañeros*, pags. 32-33.

ámbito de la subalteridad anamnética, con la que se desafía el discurso de la fuerza y de la imposición injusta.

Conforme se desprende del ámbito de significación connotado por la memoria lacerante de *Los compañeros*, en esta novela el abatimiento no es total, como tampoco lo es en el resto de los textos literarios de Jiménez Lozano, los cuales son irreductibles a finales desesperanzadores. La mirada alentadora siempre hace acto de presencia, de alguna forma, en dichos textos, en donde se manifiestan indicios muy sugerentes, tales como la vida y las lecturas del mencionado Pineda, al que, por fin, se consigue agradecer su sacrificada existencia. También es motivo de esperanza la labor humanitaria realizada por Margarita Suárez, cuyas acciones sobresalen en los niveles 2º y 3º de la memoria lacerante ejemplificada en la novela aquí estudiada. Tal personaje revela una dimensión diferente de la subalteridad anamnética a la reflejada en las existencias de Pineda y Luis Presa. Estos dos seres anamnéticos, convertidos en objeto de humillación y ofensa, no sólo recuerdan sus sufrimientos, sino que son recordados por otros. Ahora bien, en el caso de Margarita Suárez es ella la receptora de la memoria del fracaso de la modernidad triunfante y, en cuanto tal, también puede ser calificada, con toda propiedad, de anamnética. Por otro lado, conviene tener en cuenta la caracterización taxonómica de dicho personaje, en comparación con la de Pineda y Luis Presa. A estos dos últimos parece que les rodea un espectro de tristeza, tal vez resignada. Sin embargo, Margarita Suárez, igual que las otras dos mujeres pertenecientes a la clase de 56, rebosan alegría y amor desinteresado hacia los gozos de la vida. No está de más establecer, pues, una relación intertextual entre estos personajes femeninos y aquellos en que se focalizaba el discurso narrativo de la sobresaliente novela de Jiménez Lozano, *Teorema de Pitágoras*, los cuales, a pesar de la inmundicia y desprecio que les rodeaba, sabían reír espontáneamente, lanzando guiños de complicidad en contra de una presunta

conspiración globalizadora, de la que parecen librarse[14]. También Margarita Suárez continúa su tarea altruista en beneficio de seres indigentes, aun siendo incomprendida e insultada por Loris, un personaje histórico, impermeable a todo aquello que no sea el triunfo visible de los ganadores, conforme se desprende de su forma de expresarse, después de que Cris le comunicara la labor realizada por la que había sido su compañera de carrera:

> – Ana María y Margarita -contestó Cris-. Ana María trabaja en Hacienda y Margarita Suárez se hizo asistenta social y trabaja con niños subnormales.
>
> Loris inició una sonrisita, cabeceó un momento, y comentó:
>
> – ¡Anda¡ ¡Apréndete la ley Hipotecaria de memoria para después ir a chupar tinta toda tu vida, o asistir a idiotas! Santisteban haría una novelas de las suyas; tengo que contárselo.
>
> Y soltó todavía otra risita Loris, pero en seguida se dio cuenta de que Cris le miraba seriamente, como si estuviera en el tribunal sentado y él fuera un reo de lo peor. Y le dijo a Cris que esto era lo que estaba pensando, como para aligerar la tensión que había brotado entre ellos; pero, como Cris no rió ni dio muestra de complacencia alguna, Loris acabó por excusarse:
>
> – Perdona, Cris. No creía que te tomaras las cosas tan en serio[15].

En este texto citado sobresale la espontaneidad de dos actitudes encontradas, ante el ámbito de valores existenciales en que se mueve Margarita Suárez. El discurso de la modernidad triunfante, reflejado en las expresiones de Loris, reacciona con arrogancia despectiva hacia lo connotado por la subalteridad anamnética, mientras que Cris denuncia ese tipo de reacción, inaceptable para él mismo, dedicado con honradez a la carrera judicial, a pesar de que en su propia vida

---

[14] El final de *Teorema de Pitágoras*, en el que la doctora Marta Estévez intercambia breves expresiones con su enfermera, la señorita Mary, en medio de carcajadas y cuchicheos, constituye un gesto carnavalesco, deconstructor del dominio aplastante que sobre ellas se cierne infructuosamente.

[15] José Jiménez Lozano, *Los compañeros*, pags. 77-78.

había sufrido las amenazadoras consecuencias de una violencia dirigida a atentar directamente contra el ejercicio de la justicia. Hay una profundidad existencial en la actitud de Cris, que llega hasta hacer sentir incómodo a su compañero Loris, asentado en ámbitos superficiales, sumamente distanciados de la tarea altruista de Margarita Suárez. Ahora bien, la trayectoria narrativa de *Los compañeros* se desarrolla de tal manera que llega a evidenciarse el fracaso espeluznante de lo defendido por Loris, mientras se reconocen los méritos tanto de los niños subnormales como del personaje anamnético que a ellos atiende. Por otro lado, conviene subrayar una vez más que la derrota del ámbito de la modernidad en el que se inserta Santisteban, objeto de las admiraciones triunfalistas de Loris, se manifiesta en el hecho de que los compañeros no asistieron al homenaje celebrado, con gran pomposidad pública en Madrid, en honor de ese escritor. A todo esto se precisa añadir que la no participación de Santisteban en los actos del cuarenta aniversario del fin de carrera, a no ser en el último momento y protagonizando una escena de denigración, lo mismo que la muerte de este personaje, sirve para poner de manifiesto la vulnerabilidad radical de la existencia, que no reconoce triunfos arrogantes, ni actitudes despectivas. Dicho final, y a pesar de lo perseguido por el propio Santisteban, lo convierte también en personaje anamnético y, en cuanto tal, es recordado simbólicamente a través de la corona de flores enviada por Cris, en nombre de los compañeros que habían asistido a la reunión.

Los dos personajes que se mueren, a lo largo de la trayectoria narrativa de *Los compañeros*, Luis Presa y Santisteban, tienen en común el haber poseído planes ambiciosos que intentaban llevar a cabo. Presa habría comprometido su vida hacia la implantación desinteresada de causas justas y a Santisteban le preocupaba intensamente conseguir una fama deslumbradora y perenne. Ahora bien, en ambos casos, el acecho de la muerte implacable está poniendo de manifiesto la ficcionalidad evanescente de todo, lo cual, sin embargo, no implica una caída necesaria en posturas nihilistas destructivas y desesperanzadoras. Por eso es muy difícil poder estar de acuerdo con Emilio Salcedo, en *La palabra indirecta*, o Antonio Piedra, en "La

travesía de la infamia", cuando aluden globalmente a la producción literaria de Jiménez Lozano, caracterizándola como la vivencia de una desesperanza sufrida como último recurso[16]. En el caso de *Los compañeros*, las muertes de Presa y Santisteban no implican un final clausurado, ya que el comportamiento existencial, tanto de uno como de otro personaje, aunque por razones distintas, permanece en la memoria de aquellos que se vieron conmovidos por el desprendimiento generoso del primero o rechazaron la vaciedad arrogante del segundo, al cual se le fuerza a reconocer la transitoriedad ineliduble de lo que creía iba a ser un triunfo permanente. No debe perderse de vista que, al margen del desenlace dramático connotado por las muertes de Presa y Santisteban, los compañeros de clase de la promoción de 1956 consiguen rendir un agradecimiento esperanzador a Pineda y Margarita Suárez, personajes anamnéticos, cuyas existencias se han distinguido por una apertura desprendida, encaminada a atender las necesidades de otros seres, todavía más indigentes, a los que el progreso de la modernidad no ha sabido prodigar el aprecio y respecto que se merecen. El hecho de que al final de *Los compañeros* sobrevivan estos personajes anamnéticos está poniendo de relieve que tal relato apuesta por una esperanza no desaparecida. Dicho de otra forma, lo que esta novela transmite apunta a que mientras existan un Pineda o una Margarita Suárez, el ámbito existencial de la humanidad no está clausurado ni cerrado a iniciativas desprendidas y vitalmente enriquecedoras.

A modo de sumario de lo que precede, no está de más recalcar, de nuevo, que los tres niveles intradiegéticos de la memoria lacerante, evidenciada en *Los compañeros*, manifiestan una clara opción textual a favor del bien merecido reconocimiento del valor que ostentan las vidas de personajes abiertos y generosos, dispuestos siempre a

---

[16] Aunque tanto Salcedo como Piedra han tratado con gran simpatía y admiración gran parte de lo que escribe Jiménez Lozano, parece que se muestran incapaces de apreciar más allá de unos hechos que, aunque verificables, son deconstruidos una y otra vez en narraciones predispuestas a superar cualquier tipo de aprisionamiento categórico, definitivo y fijo.

entregar lo que poseen con el fin de ayudar a seres indigentes, despreciados por el discurso de la modernidad triunfadora. Dicha toma de postura en favor de presuntas causas perdidas ha sido una constante a lo largo de la producción literaria de Jiménez Lozano, la cual intenta, por todos los medios a su alcance, ser fiel a una realidad genuina, sin adulterarla con barroquismos enmascaradores, propicios a ser subordinados a los intereses de un poder opresor. En la novela aquí estudiada, tal dominio aplastante es rechazado frontalmente por parte de los personajes que acuden a la reunión, para celebrar el aniversario de un lejano fin de carrera y reiniciar un recuerdo no inmune a ofensas, humillaciones y torturas. A pesar de la pervivencia de la memoria lacerante, que refleja lo acontecido en cada uno de los tres niveles intradiegéticos aludidos, la trayectoria narrativa de *Los compañeros* se inclina a favor de una esperanza que trasciende un pasado injusto, con el que, sin embargo, se precisa contar. La memoria de sufrimientos coexiste agónicamente con los indicios, huellas y grietas de una esperanza focalizada hacia un futuro en el que no todo se da por perdido. En definitiva, personajes como Luis Presa, Pineda, Margarita Suárez y hasta el propio Cris no sólo son coherentes con las premisas existenciales en las que prueban creer, sino que arrojan una carga vectorial de triunfo esperanzador, dentro de una pragmática de texto inconformista, contestataria y totalmente ajena al discurso del dominio del más fuerte, impuesto por un cruel orden establecido que aplasta a los indigentes y necesitados.

Francisco Javier HIGUERO
Wayne State University

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Tomás Albadalejo, "La semántica extensional en el análisis del texto narrativo", Ed. Graciela Reyes, *Teorías literarias en la actualidad*, Madrid, El Arquero, 1989, pags. 185-201.

Tomás Albadalejo, *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus, 1992.

Mieke Bal, *Teoría de la narrativa*, Madrid, Cátedra, 1987.

Rosalía V. Cornejo-Parriego, *La escritura posmoderna del poder*, Madrid, Fundamentos, 1993.

Jonathan Culler, *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Deconstruction*, Ithaca, Cornell University Press, 1981.

Gregory Currie, *The Nature of Fiction*, New York, Cambridge University Press, 1990.

Teun A. van Dijk, *Text and Context: Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse*, London, Longman, 1977.

Teun A. van Dijk, "Story Comprehension: An Introduction", *Poetics*, 9, 1980, pags. 1-21.

E. M. Forster, *Aspects of the Novel*, San Diego, Harcout Brace Jovanovich, 1955.

Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, Madrid, Mondadori, 1987.

José Jiménez Lozano, *El santo de mayo*, Barcelona, Destino, 1976.

José Jiménez Lozano, *Duelo en la casa grande*, Barcelona, Anthropos, 1982.

José Jiménez Lozano, "La reconstrucción del recuerdo", *La balsa de la Medusa*, 14, 1990, pags. 3-15.

José Jiménez Lozano, *Los grandes relatos*, Barcelona, Anthropos, 1991.

José Jiménez Lozano, *El mudejarillo*, Barcelona, Anthropos, 1992.

José Jiménez Lozano. *Objetos perdidos*, Valladolid, Ámbito, 1993.

José Jiménez Lozano, *La boda de Ángela*, Barcelona, Seix Barral, 1993.

José Jiménez Lozano, *Teorema de Pitágoras*, Barcelona, Seix Barral, 1995.

José Jiménez Lozano, *Las sandalias de plata*, Barcelona, Seix Barral, 1996.

José Jiménez Lozano, *Los compañeros*, Barcelona, Seix Barral, 1997.

Henry Kystal, "Trauma and Aging: A Thirty-Year Follow-Up", Ed. Cathy Caruth, *Trauma. Explorations in Memory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995, pags. 76-99.

Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, París, Minuit, 1979.

Thomas Mermall, "José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso", *Anthropos*, 25, 1983 (junio), pags. 66-70.

Antonio Piedra, "La travesía de la infamia", *Archipiélago*, 26-27, 1996 (Invierno), pags. 153-157.

Michael Riffaterre, *Fictional Truth*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990.

Augusto Roa Bastos, *Yo el Supremo*, Madrid, Cátedra, 1983.

Emilio Salcedo, *La palabra indirecta*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular, 1985.